

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL ALMA DEL USURERO

Se murió, y lo enterraron, y le cantaron **Requiescat in pace** aunque de nada le había de servir. Y parece que muerto el héroe, había de acabarse el cuento. Pues nada de eso: esta es la historia de ultratumba. Pues el muerto era un gándul usurero, que vivía de la sangre del pobre, como la sanguijuela de los enfermos; más malo que Caín, dando al 20 por 100 cuando no podía al 40, y habiéndose hecho rico por todos los medios de que dispone la usura y un corazón empedernido, como lo tenía el tío Pepe Uñate, que así se llamaba nuestro protagonista. Pasaba su vida contando su dinero, y no tenía más ocupación que prestarlo a segura ganancia.—¿Misa? Que la oiga el que la dice.—¿Sermones? Me dan sueño.—¿Limosnas? Que trabaje el que quiere comer, y el que no, que vaya al hospital.—¿Confesarme? ¿Qué le importa a nadie lo que yo hago?—¿Infierno? Para dar miedo a los chicos.—¿Purgatorio? Invención de curas.—¿Prójimo? Yo, después yo, y siempre yo.—Con estas doctrinas pasaba esta vida sin ocuparse de la otra.

Murió, pues, sin arrepentirse, y, como he dicho lo enterraron. Heredáronle dos sobrinos lejanos, y mientras se repartían las peluconas, dijo uno: «¡Que no hubiese muerto antes!» Y el otro: «¡Qué capuzón habrá dado en los infiernos!» Este fué todo el sermón de honras.

Tenía nuestro usurero un pariente muy lejano, fraile, varón justo y virtuoso, el cual, aunque no había tenido trato con el muerto cuando era vivo, dijole, sin embargo, una Misa, porque decía el hombre: si a él no le aprovecha porque estará en el infierno, no faltará quien la aproveche. Y después de dicha, pidió fervorosamente al Señor que le permitiese ver el alma del condenado pariente. Concedióselo el Señor, y le entregó una tarjeta, dotándole al propio tiempo de los dones de agilidad y sutileza. De un vuelo llegó al infierno, en cuya puerta había un diablo con más cuernos que un ciervo y un rabo como una serpiente de cascabel. Mostróle el fraile la tarjeta, que deslumbró

al de rabo; ¿qué quieres? dijo con voz de trueno.—Pues quiero ver el alma de mi pariente Pepe Uñate, que vino el jueves.—El jueves—contestó el diablo—no vino ningún Pepe. Entraron unas 257 almas, pero ningún Uñate; pero para más seguridad veré el libro de entradas.

—Efectivamente—dijo volviendo el diablo—no está aquí el alma que buscas. Y viendo que mostraba incredulidad el viajero, añadió: Aunque soy el padre de la mentira, viniendo de parte de quien vienes, no puedo mentir; no está aquí el alma de Pepe Uñate.

Bien conoció nuestro fraile la exactitud de aquellas palabras, y despidiéndose, se marchó hacia el purgatorio, haciéndose cruces y alabando a Dios, que por su misericordia había librado de las penas eternas a aquel culebrón. Y pensaba el buen fraile: «Estará mi pariente en el purgatorio tres o cuatro mil millones de años aún después de que salga la última alma, y será el que eche la llave al lugar de las penas temporales. ¡Bendito mil veces seáis, Dios y Señor mío!».

Llegó en esto al purgatorio, preguntó al alma portera por la de su pariente Pepe Uñate, mostrándole la tarjeta.

—No ha venido esa alma, señor humano.

—Perdóneme vuesa reverencia—dijo el fraile;—vino el jueves; me consta; véalo con cuidado.

Volvió al rato la portera.

—He visto—dijo—el registro, y no hay tal alma en casa; con que si no quieres otra cosa...

—No, no—dijo el varón justo—que pronto salgas de penas. Adiós.

Absorto y enajenado de gozo al propio tiempo, quedó nuestro fraile. Es posible, Señor—decía—que aquel mal hombre haya tenido un rayo de luz en su última hora y se haya salvado? Porque es claro; su alma no está en el infierno ni el purgatorio; estará en el cielo, pues. Nunca he dudado, Padre y Jesús mío, de vuestra infinita misericordia; pero nunca hubiese creído que fuera tanto. ¡Qué ganas tengo de volver a la tierra para cantar entre los mor-

tales vuestras alabanzas!

En estas y parecidas exclamaciones llegó a la puerta del cielo. Estaba San Pedro sentado en un poyo tomando el sol. Mostrole la tarjeta, y dijole San Pedro. Pide y recibirás. Llama y se te abrirá. Busca y encontrarás.

—Pues bueno—dijo el fraile—el alma de un mi pariente que vino el jueves; quiero verla; el alma de Pepe Uñate.

—No me gusta el nombre—observó San Pedro.

—Es verdad que su vida no fué muy ajustada a los mandamientos—añadió tímidamente el fraile—y que todas sus acciones...

—Sí, sí—apresurose a contestar San Pedro, que se acordó del gallo—pudo caer para luego levantarse.

—Eso es; creo que Dios le dió a mi pariente fuerzas para levantarse—murmuró el buen hombre.

—Ea—dijo San Pedro—voy a traerte el alma que buscas.

Y al poco volvió.

—No hay tal alma en el cielo.

—Ya lo creo que la hay; vino el jueves, y lo sé de buena tinta.

—Pues tienes la tinta clara—repuso San Pedro—; no está.

—Señor San Pedro—añadió con dulzura, pero con firmeza el fraile—dígame que aquí está; pues aunque no sé muchas matemáticas, hago este argumento: un alma, cuando se separa del cuerpo, ha de estar o en el infierno, o en el purgatorio, o en el cielo; es claro que, no estando en aquellos dos lugares, está aquí.

—Pues ese argumento hago yo también—saltó San Pedro—; no está aquí, porque está en cualquiera de aquellos otros dos sitios.

—Pero señor San Pedro—objeto el fraile—si vengo del infierno y del purgatorio y no está, ¿en dónde ha de estar sino aquí?

—¡Ah!—dijo San Pedro con la boca abierta—¡Con que ya has estado en el infierno y en el purgatorio y no está! ¡Esta si que es buena! Pues no lo entiendo.

—Ni yo tampoco—dijo el fraile.

Y San Pedro, rascándose la barba, murmuraba: no está allá, ni allí, ni aquí; repito que no lo entiendo y que...

—Pero dime—dijo de pronto—¿qué oficio tenía ese Pepe Uñate allá en la tierra?

—Pues era—dijo tímidamente el frai-

le— usurero.

—¡Quita allá!—gritó San Pedro, dando con las llaves en el poyo— ¡Cómo habías de encontrar lo que no existe! ¡Los usureros no tienen alma!

Joaquín Martínez Lozano

El premio a la virtud

En el pueblo todo estaba en conmoción. Acababa de volver de la ciudad la tía Martina, la viejecita heroica que en pública y solemne sesión había recibido el premio a la virtud, concedido por el jurado en la capital de la provincia.

Todos la rodean y la felicitaban. La pobre mujer estaba atontada, ruborosa y no sabía más que llorar.

—Amos, Martina, que ya pués estar contenta.

—¡Hay que ver! El premio a la virtud...

—Ganao se lo tiene.

—Eso sí.

—Toos hemos visto la vida que la infeliz se ha llevao. Viuda con cinco hijos del tamaño de cinco guisantes; y ella a criarlos y a trabajar como una negra de las más negras, y ella siempre alante con la cruz a cuestras. Se queda güérfano el chico de la Antonia, y Martina que se lo trae pa casa.

—Se le muere al tío Rufo la mujer y los hijos cuando estaba con el parálisis, y Martina que le dice: no se apure usted, yo le cuidaré... Lo que esta mujer ha hecho tenía que ser premio a la fuerza.

—Pues ya veis, replicó el albeitar: el cura decía que sólo tendría premio en la otra vida, porque la justicia no es de este mundo. Y, sin embargo, mirad cómo se ha sabido todo lo que ha hecho, y se lo han premio y ha sido un triunfo.

—Pero cuenta, mujer—inquirió el tío Juan, lleno de ansiedad por saber lo que había pasado—. Cuéntanos tó...

La viejecita no hacía más que suspirar y llevarse a los ojos el pañuelo. Le daba vergüenza.

Por fortuna estaba allí Pablo, el ordinario del pueblo que, como iba todos los días a la ciudad, sabía bien lo sucedido.

—Yo sus lo voy a contar.

—Dí, hombre, dí; dijeron varios a la vez.

—Figurarse un salón muy grande, con muchas luces. Y eche usted gente allí metía.

—Estaría la aristocracia.

—Te diré. Bueno, sí; estaba, porque ahora a todo se llama aristocracia. Estaba don Damián Pedregoso...

—¿El usurero?

—El mismo; con cá sortija que quitaba el conocimiento.

—¡Valiente ladrón!

—La «Cuca», que ya la conocéis...

—¿Aquella que decían que si fué, que si vino?

—La misma. Pero ahora está casá

con un señor muy principal que ha hecho mucho dinero cuando la guerra. Es una señorona. Y dicen que tiene ya mucha vergüenza.

—Claro, con dinero se tié tó lo que se quiere.

—Y mucha gente así.

—¿Y el gobierno?

—No, hombre; si aquello es ná más que un casino. El «Círculo de la Unión Amistosa», que le dicen. Tós los años reparte premios a la virtud.

—Será gente muy güena.

—Lo será. Y como el juego les da mucho...

—¿Es que juegan?

—Pero con permiso de la autoridad competente.

—¡Aaah!...

—¡Uf, qué gentuza!—exclamó la tía Hermenegilda—. No digáis, sin Dios ni ley.

—Señora—protestó Ramón el tendero—, ca uno tié su ley.

—¿Y usted, cuál tiene?

—La de la oferta y la demanda, que es la que está vigente de veras.

—Pues no la trae el Catecismo.

—Amos, no pelearse... Sigue, Pablo.

—Veréis. El presidente se levanta y le aplauden. Y luego empieza a hablar. Pone a Martina por las nubes. Ejemplo—dice—de virtud, anegación y... no sé qué más. Modelo de madres, de ciudadanas y... de no sé qué más. Espejo donde debe mirarse el pobre y el rico y... no sé qué más... El Círculo de la Unión Amistosa, cumpliendo uno de sus más altos fines sociales (esto lo dijo muy alto), quiere recompensar esta vida de heroísmo callado y de virtud modesta, poniéndola así a cubierto de las necesidades y de los agobios; que no sólo el malo ha de triunfar...

—¿Bien, hombre, bien!

—Eso mismo decía el público.

—¿Y qué más?

—Pues que sale Martina, toa azará... ¡y el delirio! ¡Ni a Belmonte me creo yo que lo han aplaudido nunca así!

—Vaya, tía Martina; que pué usted estar orgullosa.

—Lástima que no lo vean sus hijos.

—Mucho ha pasao usted, pero ya está pasao.

—Ahora a darse güena vejez.

—¿Y cuánto dinero ha sido, Martina?

La viejecita no se atreve a decirlo.

—¿Es que tiene usted miedo de que se lo roben?

—Dígalo usted, que no nos asustamos.

La tía se revuelve por fin, y dice en voz baja y con mucha humildad:

—Cinco duros.

El silencio se hace en el conro. Ha caído como jarro de agua fría.

Nicasio, el herrero, es el único que, ladeándose la boina y rascándose concienzudamente la cabeza, se atreve a comentar:

—Tenía razón el cura. ¡Mía que...!

Luego mermuraban de que tó s'ha subió. Pues lo que es la virtud no está muy cara. ¡Y eso que dicen que hay poca-

A lo que replica Ramón el tendero:

—¡Si os lo he dicho! La ley de la oferta y la demanda. La única que se cumple por acá.

De virtud no hay muchas existen-

cias; ¡pero como tampoco la pide nadie...!

X

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—Por sus frutos los conoceréis, les dijo Jesús.

Su vida entera había sido una clara exposición de su doctrina. No se había limitado a explicar a las multitudes que le seguían, cuales eran sus obligaciones para con Dios y para con sus semejantes, sino que El obraba como debían de obrar todos en los distintos actos de la vida.

No es suficiente cumplir con exactitud exterior los mandatos divinos, es preciso que la vida de cada uno responda a esa apariencia externa.

Jesús de Nazaret predicó a todos las normas de vida a que debían de ajustar su conducta. Combatió duramente al fariseo en su famosa parábola y condenaba a quienes reducían su fe a los actos puramente externos de la doctrina.

Estos actos exteriores habrán de ser reflejo de la fe interior que los anima; pero nunca actos que no tengan muy arraigada en su conciencia los principios religiosos predicados por el Maestro

Menos espectáculo y más fe interior.

Hoy que somos oficialmente católicos tal vez, siendo menos católicos que cuando, oficialmente también, España había dejado de ser católica, podemos observar una mayor ostentación de catolicismo, porque el respeto humano ya no cuenta tanto y es elegante y de muy buen tono, por no decir muy necesario a la vida social, aparentar una fe religiosa que sólo se tiene en los labios pero no en el corazón.

Contemplamos los actos oficiales de la vida religiosa y pasamos revista a los asistentes a los mismos y a veces un rubor sube a nuestras mejillas, al contemplar en las muy dignas representaciones, personas que cumpliendo al pie de la letra con el rito religioso, olvidan sus deberes de católicos al volver a su vida privada o en su despacho oficial. En tiempos no muy remotos, fueron enemigos de la causa de Dios muchos de ellos, pero olvidemos el pasado, por que de los arrepentidos es el reino de los cielos; pero ¿es qué verdaderamente están arrepentidos de su antigua vida irreligiosa? No lo parece en los actos de su vida privada y en el modo de resolver problemas de carácter público.

Hoy es cómodo vivir en el seno de la Iglesia Católica. No hay persecuciones, está muy bien visto la asistencia a todos los actos de la Iglesia, tal vez, es conveniente para mantenerse en un cargo, no cuesta trabajo la asistencia a los mismos. Además se le debe el cargo a ciertas personas y hay que cubrir las apariencias; pero a la hora de actuar en el despacho oficial o privado, en el momento de tener que resolver los problemas diarios, o también en las horas

inciertas del atardecer, en esas horas, se olvidan las creencias externas que sólo sirven para el interés personal y para la propia conveniencia; al parecer todos los medios son lícitos... y menos mal si no llegan a ocupar cargos de representación en la vida religiosa y se dicen representar la fe católica de un pueblo.

Y volvemos otra vez a escuchar por todas partes la oración del fariseo: «Oh Dios, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres...»

Y Jesús de Nazaret, terminó diciendo: —No todos los que me dicen: ¡Señor, Señor!, van a entrar en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre...

R.

AL SANTO CRISTO DEL PERDON

AJ R. P. Leonardo Diego S. J.

¡Qué competencia, Señor, tenemos establecida!

Yo ofenderte de por vida;
Tú perdonarme de amor.

Porque en este porfiar
nos cupo distinta suerte:
Yo, ofenderte y ofenderte;
Tú, perdonar, perdonar.

A ver quién primero cansa
en esta triste porfía,
si yo ser de mar bravía
o Tú ser de agua mansa.

Yo que soy el que no tengo
poder ninguno, he pecado,
Tu poder me ha perdonado
y con tu amor me sostengo.

Que supe tanto apreciar
tu noble contradicción,
que en pago de tu perdón
volví, Señor, a pedar.

Mi agradecimiento fué
de tu poder satisfecho,
y me creí con derecho
para ofenderte, y pequé.

¡Es tan soberbio el humano,
Señor, que no te comprende,
y pecando se desprende
despectivo de tu mano!

No estoy ciego, no, Señor;
sé tu ayuda y soy tan necio
que orgulloso la desprecio
como desprecio tu amor.

Tú, en pago, con interés
a la indulgencia te inclinas
con tu corona de espinas,
con los clavos de tus pies.

Y yo peco a toda luz,
y mis pecados tan ciertos
perdonan tus miembros yertos
clavados en esa Cruz...

Hermenegildo RODRIGUEZ

CHARLA

—Pues como le iba diciendo a usted, doña Generosa, estos hijos míos son malísimos.

—Pues no me parecen tanto.

—Oh, no lo sabe usted bien. Manolito, deja esa tierra que te manchas.

Son insoportables, siempre haciendo lo peor.

—¿Qué quiere usted que hagan en este parque, sino jugar con la tierra.

—Pero se ponen perdidos. Antoñito, no pegues a tu hermano con las manos sucias, que le manchas el traje. Malísimos, malísimos.

—Los chicos son así. Siempre enredando. Es la edad.

—Pero estos míos son muy traviesos. El otro día... Manolito que te voy a pegar sino sueltas esas flores que pintan de verde. El otro día ¿qué creará usted que me hicieron en casa?

—Pues travesuras, que van ha hacer.

—Pero terribles. Me rompieron un cristal y una bombilla.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco, doña Generosa, un cristal y una bombilla en un solo día?

—No me parece mucho. A los niños no se les pueden racionar las trastadas que hacen. Vienen sin esperarlas.

—Pero si me vuelven loca. Todo el día me están haciendo dar gritos y por la noche... Antoñito, sal de ahí que viene el guardia y te va a llevar preso. Pues, por la noche me voy ronca para la cama.

—Lo creo, lo creo.

—Estos chicos de ahora no son como los de antes. —

—Tal vez. Los de antes recuerdo que eran muy formalitos y no rompían ningún cristal ni ninguna bombilla. Angelitos eran antiguamente.

—Ahora no paran en todo el día haciendo trastadas. Salen de casa limpios y al poco rato... — Antoñito no arrastres los pies que te llenas de polvo y esos zapatos tienen que durarte limpios hasta mañana. —Pues como le decía, salen de casa limpios y al poco rato están hechos una lástima.

—¿Qué quiere usted en éstos parques tan sucios?

—Pero si estuviesen formales...

—No serían niños, serían viejos.

—Pero es exagerado, no paran un momento. A todas horas... — Manolito, venga usted acá.

Manolito no obedece, pues sabe lo que le espera cuando le trata de usted su mamá. Ella se enfurece, grita, gesticula, alborota, se levanta y le dá unos azotes. El niño llora, se ensucia la cara con las manos y las lágrimas y se arma un normal escándalo infantil.

—Esto es insoportable, doña Generosa. ¿Lo vé usted como no se puede con ellos?

—¡Qué simpáticos! Feliz edad ¡Quién fuera joven!

—Oh, por Dios, esto es insufrible. No puedo con ellos. —Antoñito, ven a limpiar esas manos, no las limpies al traje.

Y Antoñito, resignado va a limpiarse las manos.

—No sé qué hacer con ellos, doña Generosa. Son insufribles.

—Claro, los pobres, con sus trajecitos tan limpios y tan monos. ¿Qué van a hacer? No pueden moverse, sin mancharse.

—Pero no los voy a sacar a la calle

con cualquier cosa.

—Cuánto mejor estarían.

—A los niños hay que tenerlos limpios.

—Para que se ensucien ellos después ¿no es cierto?

—Pues que tengan cuidado de no mancharse.

—¿Qué cree usted que deberían de hacer para no mancharse?

—Pues... pues... estarse quietos.

—¿Quién? ¿los niños?

—Claro. —

—Usted supongo que habrá sido niña, y no hace muchos años todavía.

—Efectivamente y no hace muchos años.

—Entonces, quiere usted decirme ¿qué es lo que hacía cuando tenía la edad de estos hijos suyos tan malísimos?

—Hay, doña Generosa, a pesar de que no hace muchos años, quiere usted creer que se me olvidó.

—Yá me parecía a mí. —

—Manolito, no metas el dedo en la boca que tienes la mano sucia....

DON JUSTO

Comentando

EL ARBITRO

No se crean mis lectores que voy a hacer una apología del dirigente de un partido de fútbol. El fútbol es para mí una cosa de tan escasísima importancia, que sus árbitros me tienen completamente sin cuidado.

El árbitro, al que quiero hoy referirme, es ese paisano, aldeano cien por cien, marrullero y vivo que en los pequeños pueblos sirve para «arreglar» cuestiones entre varios paisanos tan marrulleros como él.

Todo el que entienda un poco de psicología, por muy barata que esta sea, sabe que los paisanos son unos seres compuestos de tres elementos: alma, cuerpo y marrullería. Los dos litigantes de un pleito, de un asunto cualquiera, van directamente a morder a su contrario, pero se encuentran con que éste abraza las mismas intenciones carnívoras, y tropiezan como contra un muro de granito. En su mala intención, desconocen todo lo que se saben de memoria, y pinchan a su contrincante hasta sangrarle, al mismo tiempo que en su cuerpo sienten los pinchazos de su enemigo que los desangra. Y entonces, para poner tafetán a estas heridas, acuden los dos, cada uno por su parte, o los dos a la «comuña», a un árbitro.

Los dos van a su árbitro con mala fe, pensando engañar a su enemigo y al mismo árbitro que escogieron para arreglar el asunto. Pero ¡oh desdichas de este pícaro mundo... El árbitro, es, ni más ni menos, tan aldeano como cualquiera de ellos, se da cuenta de que los dos se quieren engañar mutuamente y que los dos le quieren engañar a él para su propio provecho, y como es tan marrullero como ellos, piensa en su

tajadita también, y pretende engañar a los dos. Y el resultado de esta situación es que los tres persiguen un engaño, y que los tres caen, a las últimas, enredados en sus propias redes, y engañados. No obstante esto, el mayor provecho es para el árbitro, que a cada uno le concede lo que puede dañar al otro en provecho propio.

La maldición del gitano dice: «que pleitos tengas y los ganes». Y tratándose de pleitos entre paisanos, no da más ganarlos que perderlos. La habilidad es el lograr ser en la aldea ese paisano al que todos acuden en sus asuntos. No sabrá nada de nada, pero es lo suficientemente listo para aprovecharse de la malicia y de la sabia ignorancia de sus convecinos para que le coloquen de mediador en todos sus asuntos.

El que esto logra, merece una cruz por su sabiduría. Porque sin ser más que sus vecinos, logró a fuerza de mañas y astucias la confianza de todos, y todos, sabiendo positivamente que van a salir engañados, a él acuden a dirimir sus diferencias... y a dejarles sus dineros.

Entre nosotros mismos, hombres inteligentes y de ciudad. ¿No habrá más de uno que con las mismas artes de estos marrulleros arregladores de entretos, se aprovecha de la debilidad de otros para su logro económico? ¡Oh, conciencia, si a esto quisieras contestar la verdad! Cómo de la ruina de dos sale el porvenir de muchos terceros!... Esto es un estraperlo más, pero estraperlo de la dignidad y le honradez.

HERO

CONSEJOS AL ESPOSO

1.º Trata a tu mujer hoy con la misma amabilidad con que la trataste el día de la boda.

2.º Con palabras y con gestos muestra aprecio de la comida que te presentan, pues no llegó a la mesa sin que la prepararan antes.

3.º Acuérdate de tu mujer, consúltale tus problemas y háblale de tus trabajos.

4.º Evita hasta la apariencia de mala intención, observando tú la misma conducta que en tu mujer te parece razonable.

5.º No le mientas por lo que hace a tus ganancias, porque el Señor tiene por culpable al que mantiene a su esposa en la ignorancia de las finanzas domésticas.

6.º Recuerda el día del nacimiento de tu mujer y de tus hijos y el aniversario de tu boda, y festéjalos.

7.º No te pierdas en razones acaloradas con tu mujer, pues ya sabes que la mujer ha de decir la última palabra.

CONSEJOS A LA ESPOSA

1.º No hables tú siempre. No olvides que al marido hay que oírle también.

2.º Esmérate en preparar bien la comida y en tener la casa con sumo orden.

3.º No estorbes a tu marido cuando está trabajando.

4.º No alabes con jactancia a tu marido delante de otros hombres, sino más bien respétalo en silencio.

5.º No te entretengas en echar a volar murmuraciones sin fundamento entre tus vecinos.

6.º Cuando tengas que reprochar algo a tu marido, hazlo en pocas palabras; hazlo pronto, olvídale en seguida.

7.º Lleva en paciencia los defectos de tu esposo y si se presenta la ocasión alaba mucho sus buenas cualidades.

8.º No pretendas convertir a tu marido en tu doncella.

Materiales de construcción



Alvarez Garaya, 25
Telf. 4039

Depósito: Covadonga, 27
Telf. 1817

GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

CESAR A. PRIETO

Pintor y Constructor de Obras

Avda. del Molinón, 2-Telf. 3115

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)